Teléfono 531.

EL HERALDO DE MADRID

Teléfono 531.

25 ejemplares, 50 céntimos.

DIARIO INDEPENDIENTE

Número suelto, 5 céntimos.

Año I

SUSCRIPCIÓN (Pago adelantado).
Madrid: Un mes, una peseta.—Provincias: Trimestre, 5 pesetas.—Antillas españolas y naciones convenidas, 10 pesetas.—Portugal: Trimestre, 8 pesetas.—En los demás países: Trimestre, 15.
La correspondencia al Director.—No se devuelven originales.

ADMINISTRADOR: DON MARIANO DUEÑAS GÓMEZ

Viernes 7 de Noviembre de 1890.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
Diez céntimos línea en cuarta plana. Se reciben hasta las cinco de la tarde en la Administración, San Bernardo, 11, y en el Almacén de papel de los Sres. Gallego y C.ª, Car. San Jerónimo, 2.

Núm. 10

CUENTOS Y FANTASÍAS

MI AMIGO EL PINTOR

Allá en los tiempos del aula no había estudiante más triston, más desmayado é inútil que *Gómez Rubio*. Por aquel cuerpo endeble y canijo; por aquella carilla pálida y casi huraña, la infancia primero, la juventud después, habían pasado rápidas y desdeñosas; pero en los grandes ojos negros, de amplia y serena mirada, vivamente destacados del ingrato rostro, brillaba algo, había algo luminoso, atractivo, indefinible, que quería decir: aquí hay ternura, aquí hay amor, aquí hay fuerza.

Un día el estudiante de derecho colgó los libros del estante de un librero de viejo; desapareció de la escena estudiantil y pasaron años sin que nadie supiese cosa alguna de *Gomez Rubio*; pero cuando llegaron noticias suyas á sus antiguos condiscípulos, pudo decirse que la tardanza y el silencio habían sido fecundos. *Gómez Rubio* era un nombre. Su notoriedad, su fama, venían de lejos; de París, de Roma. Allí habíase hecho carne su espíritu de artista; allí fué el albor de su genio, y allí encontraron sus primeros cuadros el aplauso que trae auras de gloria y el oro que es lumbre en el hogar, reposo en el trabajo, libertad en la inspiración.

Durante algún tiempo hablóse mucho de *Gómez Rubio*, el pintor andaluz, genialísimo, modernista en el asunto, clásico en el dibujo y en la línea, original en el color, sorprendente en la fuerza de la factura. Periódicos nacionales y periódicos extranjeros pregonaron sus triunfos, hasta que un día mezclóse á la alegre canción de la fama, una nota de amargura.

El gran pintor estaba enfermo; padecía de extraños accesos neurósicos. En el estudio abandonado, los preparados lienzos aguardaban en vano la fecunda caricia del pincel. Como en la cuerda no herida duerme la nota melodiosa, así en la paleta palidecían rugosos y secos los colores, en espera del misterioso rayo de luz que brota del alma del artista, y combinándolos y fundiéndolos, les dice:—Sed mar, sed valle, sed estrella.

Pasó algún tiempo y la noticia fué más triste; las extravagancias de *Gómez Rubio* habíanse agravado; podía no tratarse de un caso declarado de locura, pero el alma estaba llena de sombras, la inteligencia enflaquecida, la inspiración muerta.

Sin embargo, las gentes que habían visto al pintor andaluz, hablaban sorprendidos de la tranquilidad y aun de la cordura de aquel loco. No sufría el más leve acceso de furor ni tampoco eran su resignación y su calma las que llevan estampadas en el rostro los pobres enfermos de la médula. Conservaba perfecta la memoria; recordaba su estudio, sus proyectos, sus obras, y á toda hora hablaba del arte. Era esta su única, su verdadera monomanía. Mas los médicos no se engañaban.

—Trabaje usted un poco, pinte usted—le decían—y *Gómez Rubio* ante el caballete, con el pincel en la enervada mano, los grandes ojos dolorosos, profundamente tristes, clavados en el lienzo frío respondía con lágrimas en la voz:—¡No puedo! ¡No puedo!

***

En la falda de la sierra cordobesa, perfumada por el azahar que en ondas invisibles baja de los opulentos naranjales y de los copiosos limoneros á mezclarse dulcemente al fragante aroma de los rosales silvestres y de las grandes matas de tomillo y lentisco, en un repliegue de la vereda estrecha, que sube hasta las Ermitas, levántase una quinta coquetona, pequeña, cercada en perpétuo abrazo de amor por la lujuriosa verdura de las anchas parras y las lozanas enredaderas. En aquel rincón, lleno de sombras y frescura, la casita con sus blancas paredes parece un gran pájaro herido en sus alas de nieve al querer volar hacia la cumbre.

Vivía allí no ha mucho tiempo el pobre pintor loco, y allí le tendí mis brazos y fué á buscarlo mi cariño. Ni la enfermedad, ni la ausencia habían apagado la fuerza de su mirada, llena de expresión y de luz; únicamente el rostro denotaba la huella persistente de infinita amargura. Retratábanse con perfecta claridad en aquel semblante hondos dolores—el cansancio del alma, el fastidio de la vida;—reflejos de esperanza no brillaba ninguno.

—Háblame—le dije—de tu vida, de tus triunfos. Tu renombre es extraordinario, tus batallas victoriosas son muchas; eres artista insigne, pintor aclamado, rico, joven, ¿qué diablos te falta para ser feliz? Te veo abatido, y eso no está bien. Estos aires de la Sierra, este cielo, esta casita tan mona, llena de flores y de pájaros, todo esto te reanimará seguramente; pero es necesario que en ello ponga algo tu voluntad.

—¡Imposible! ¡Imposible!—me respondió,—Tú no debes ignorar que estoy loco, pero loco de una locura extraña, muy extraña, y por lo mismo muy incurable. Ya ves, ¿qué esperanza de mejoría puede tener el loco que conoce su mal? Este es mi caso; juzga de si será desesperado.

—No importa—le repliqué.—No importa cuanto dices á tu curación. Tu lucidez es perfecta, tu palabra segura, tu cara aparece tranquila; ¿quién ha podido decirte tamaños disparates? ¿Quién ha diagnosticado en ti semejante enfermedad?

—Yo mismo—contestó con resignación. Y me explicó su locura. Al comienzo fué la explicación saliendo de sus labios con indolencia; mas pasados los primeros momentos, aquel cuerpo desmayado se irguió, demudóse el semblante con expresión de visionario, caldeóse su lengua, y las palabras relampagueantes, precisas, con elocuencia á veces doliente, y siempre inspirada, me dejaron sorprender, no sin esfuerzo, el extraño misterio de aquella locura sin nombre.

Mi amigo el gran pintor, en medio de la juventud, acariciado por la fortuna, moría de una enfermedad moral, no clasificada tal vez por la ciencia; la enfermedad de la forma, el mal de lo bello. ¿En qué consiste semejante mal?... Todos los días entra por vuestro balcón abierto un cariñoso rayo de sol; juguetea en las cortinas; sube hasta la pared, y allí lentamente consigue dar su beso tibio á las figuras de un cuadro; más allá el espejo lo atrae; sobre la mesa, cargada de papeles y libros, visítea los escondrijos del polvo... El rayo de sol, en suma, os alegra y os conforta, pero sin notarlo siquiera. Habituados á que uno y otro día entre en vuestro cuarto como un huésped más, como un amigo indiferente, no haceis alto en su visita. Pero un día sentís en la frente un poco de fiebre, en el corazón ansias desconocidas, en los nervios sacudimientos extraños, y entonces el rayo de sol no os parece el mismo. Lo encontráis más vivo, más brillante que nunca, querríais fijarlo en el papel, en el lienzo, en vuestra memoria; querríais pintar, describir, hacer inmortal aquella línea dorada que se deshace en vuestra mano. Lo que vive y se agita en ella es vuestra alma misma, y el rayo solar que la despierta es la onda purificadora, de cuyo seno surge el artista que á sí propio se ignoraba.

El suplicio de *Gómez Rubio* era ese suplicio; quería fijar para siempre el rayo de sol que entra por todas las ventanas.

—Mira—me dijo,—yo he abandonado para siempre los pinceles; ya no soy pintor; ya no soy artista, porque mi arte nada vale. He embadurnado cuadros y más cuadros, que han traído el oro á mis bolsillos y á mi alma la muerte. ¿Dónde está la obra eterna? En la larga procesión de figuras, en el inmenso carnaval que ha salido de mi paleta, está el color, está la luz, está el arte, está la vida, pero no están toda la vida, todo el arte, toda la luz, todo el color. Pedazos de la realidad, fragmentos de cielo y tierra, sólo son un «momento» de las cosas que viven, un simple aspecto, algo que estuvo entre lo que fué y pudo ser... Nada, en fin.

—Muchas veces—añadió—salgo á campo atraviesa antes de amanecer; quiero embriagarme en el despertar perezoso y solemne como el de un sueño de amor siempre fecundo de estos bosques y de estas sierras. Trae envueltos el aire mil ruidos sin nombre y mil aromas desconocidos; mécense con suave ritmo las anchas copas de los árboles; aletea gozosa la hambrienta turba de los pájaros sin nido; bajan de las altas ermitas los ecos del *Angelus*, y allá en el horizonte la masa de sombra va desvaneciéndose; mas antes de que el sol brille por completo ¡qué orgía de tonos, de arreboles, de cambiantes! ¡Qué infinita variedad de claro-obscuros! ¡Qué fuerza, qué vida en el color!... Y yo, en tanto, espectador mudo y asombrado, siento que algo se desgarra en mi alma y es la esperanza que inútilmente me grita: ¡Arriba! ¡Más allá!—Oigo la voz aduladora de la esperanza, pero yo le contesto á mi vez:—Ahí está la Naturaleza, ¿quién podrá sorprender sus secretos definitivos? ¿Quién se atreverá á decir señalando á un lienzo: he aquí cómo amanece, ó he aquí cómo se pone el sol? ¿Dónde el ritmo, el movimiento, el calor? ¿Dónde el arte con entrañas y con sangre?"

Y tomándome de una mano, me interrumpió diciéndome:

—Ven, conocerás mi última obra, el último cuadro que pinté antes de mi locura.

Dirigióse hacia un lujoso caballete cubierto por espléndido crespón negro.

Al descorrer el crespón apareció un soberbio retrato de mujer, de mujer joven y hermosísima.

Gómez Rubio se abrazó á mí llorando.

—Era—dijo señalando el cuadro—todo lo que amaba en el mundo.

—Muerta... me atreví á murmurar.

—Muerta, sí; y he aquí la impotencia del arte. Vive ella en mi corazón, sigue siendo la parte más grande de mi vida, y mi arte sólo puede ofrecer al desconsuelo de mi alma, unos ojos que me miran sin verme y unos labios que me sonríen sin besar.

—Crees, en suma, le dije por distraerlo, que el arte sólo está en la vida.

—Y también en la muerte—exclamó fijo en el retrato.—Su cuerpo, sus sonrisas, su amor, suprema expresión de lo bello, ¿dónde podré de nuevo encontrarlos? Sólo la muerte que los oculta podrá devolvérmelos.

—

Dos meses más tarde murió el pobre pintor, y con él enterraron su último cuadro.

Desde entonces sobre la tumba ya olvidada, todos los días escribe el sol su epitafio de fuego que á la tarde se desvanece.

JULIO BURELL.

CRÍTICA DE LAS MANIOBRAS

II

Examinemos, ante todo, en qué forma se han verificado las maniobras ejecutadas en la dehesa de Carabanchel por las tropas que componen la guarnición de Madrid y las del cantón militar de Leganés.

El campo de maniobras ha sido una faja triangular de terreno ligeramente ondulado que, en su mayor extensión, puede contar cinco kilómetros, y en el cual han debido moverse 20 batallones de infantería, tres regimientos de caballería y 84 piezas de artillería.

Con los reducidos efectivos que en tiempo de paz tienen los Cuerpos, puede calcularse que se han reunido en Carabanchel unos 7.000 hombres de todas armas, que ascenderían á 25.000 si los batallones, escuadrones y baterías tuvieran sus efectivos de guerra.

El plan de batalla, ya conocido por nuestros lectores, se ha establecido teniendo en cuenta el esqueleto de organización del cuerpo de ejército que guarnece á Madrid; y aunque las brigadas hubieran debido figurar como repletas de sus contingentes, no sólo no ha podido ejecutarse así por falta de espacio para el despliegue, sino que ha sido preciso disminuir las distancias entre las diversas líneas de ataque y grandes unidades orgánicas, y, lo que es altamente censurable, entre las mismas unidades de combate y elementos constitutivos de éstas, y así las fuerzas de las tres armas han tenido que aparecer á veces en masas compactas, y unidas frente á un enemigo que se suponía había de hacer un nutrido fuego de cañón.

Por otra parte, aun conservando las distancias para que todos acostumbraran la vista á ellas, ninguna enseñanza podía proporcionar la dehesa de Carabanchel, conocidísima por todos los oficiales de la guarnición de Madrid, y especialmente por los de Artillería, que no vacilarán en determinar á simple vista la distancia que hay de un punto á otro, toda vez que se trata de un campo de tiro tan conocido por todos durante la época en que ejecutan las escuelas prácticas.

Por dichas deficiencias del campo, la infantería no ha podido ensayar el ataque en orden abierto aprovechando los obstáculos que el terreno presenta; ese avance á saltos que la táctica recomienda para amortiguar el efecto de los modernos armamentos de tiro rápido, avance irregular que nunca debe ser desordenado, y que por lo mismo es tan difícil de aprender y de enseñar; y en cuanto á los capitanes, no han podido apreciar, por primera vez desde que rije la actual táctica, lo que es el mando en acción de guerra de una compañía de 150 hombres, ni los jefes de los batallones y regimientos han logrado extender su campo de acción en el terreno que deben ocupar las numerosas fuerzas á sus órdenes en día de combate.

La caballería no ha podido ejercitarse en la más importante y difícil de sus misiones, cual es la de explorar y establecer el contacto con el enemigo, y los jefes y oficiales de esta arma, tan descuidada en España, han tenido que contentarse con dirigir acertadamente esas cargas que estamos acostumbrados á ver en los campos de instrucción, dejando en el ánimo del soldado la idea de que aquella carrera vertiginosa, al final de la cual está el choque con el enemigo, es el límite de su misión y la razón de su existencia, sin recordarles para nada las otras importantes misiones que hemos señalado, en las cuales todo depende de la iniciativa individual y en las que se acostumbran caballos y jinetes á salir del encajonamiento de las filas, á romper la querencia hacia el compañero y á adquirir el convencimiento de la fuerza propia individual, única que ha de triunfar en los primeros encuentros de una batalla, cuando las partidas de caballería enemigas establecen el contacto.

En cuanto á la artillería, no solamente ha tenido que romper el fuego á menor distancia de la reglamentaria, sino que se ha visto obligada á adoptar formaciones que dejaban intervalos de cuatro metros entre las piezas y seis entre las baterías, en vez de 12 y 24 respectivamente, que es lo marcado en el reglamento.

Las maniobras, pues, efectuadas en el sitio en que se han llevado á cabo, nada nuevo podían enseñar que se separare de las lucidas evoluciones que acostumbra practicar en igual sitio la guarnición de Madrid; era fácil prever que la iniciativa de generales, jefes y oficiales quedaría completamente anulada, y que sólo iba á conseguirse mover un poco al soldado, foguearlo bien y, justo es confesarlo, poner la primera piedra en la obra que con más alientos es preciso emprender el próximo año.

Ciertamente que no es justo achacar al capitán general de Madrid la defectuosa elección del campo de maniobras, porque después de intentar ejecutarlas en otro sitio, razones que han parecido poderosas le obligaron á aceptar el único que se presentaba; pero conociendo, como con su ilustrada competencia debe conocer, que nada nuevo iban á aprender sus subordinados, antes bien, que quizás adquirieran ideas erróneas de la realidad de la guerra, no comprendemos qué razón le ha obligado á imitar la obra de Martínez Campos en Calaf, librando esa batalla de tres días, cuyos dramáticos incidentes, previstos de antemano, ni son la imagen de la guerra, ni pueden interesar á nadie que tome en serio las cosas militares.

Al fin y al cabo en esos ejercicios bélicos algún desgraciado paga con su vida el aprendizaje de los demás, y ya que es inevitable esta deuda de sangre, debe cuidarse mucho de que la causa que la motiva sea completamente justificada, y por eso encontramos digno de la más fuerte censura que se lleven los soldados al campo de Carabanchel, no para instruirlos ordenadamente de lo que deben practicar en la guerra, sino para proporcionar espectáculos militares emprendiendo grandes y ruidosas operaciones sin los elementos propios y necesarios para llevarlas á cabo y que resulten lo más cerca de la realidad que sea posible.

Y como no creemos que en las actuales maniobras de Carabanchel se haya conseguido el fin á que tienden estos acontecimientos militares, que consiste en que cada general, jefe y oficial aprenda prácticamente la manera cómo ha de conducirse frente á un enemigo provisto de todos los medios de guerra modernos y con instrucción militar igual ó superior á la nuestra, pensamos que el capitán general de Castilla la Nueva hubiera obrado cuerdamente en aprovechar esta época de instrucción formando una ó dos divisiones mixtas, que tuvieran los contingentes de guerra, con todas las tropas que guarnecen Madrid y Leganés, pues aunque los generales, jefes y oficiales hubieran tenido que alternar en el mando de las diversas unidades orgánicas, seguramente hubieran aprendido más que dirigiendo los inverosímiles batallones, escuadrones y baterías que con tantos generales á la cabeza han librado la batalla de Carabanchel contra un enemigo supuesto, que ni es probable eligiera las posiciones que se le han designado, ni posible que se mantuviera en la inactividad á que se le ha condenado en el programa de la función militar.

Y claro es que con base tan poco sólida como la que constituyen un mal campo de maniobras y una ficticia organización de las tropas, poco también se puede encontrar digno de aplauso en la suprema dirección del simulacro militar, y fuerza es que este pecado de origen tenga influencia en los detalles y movimientos de las distintas fracciones en que el cuerpo de ejército aparecía dividido.

De todas partes.

El problema de si tendremos este invierno también la epidemia del trancazo, es objeto de muchas conversaciones.

Durante los últimos doce meses, la epidemia ha dado la vuelta completa al mundo.

Actualmente está volviendo á hacer víctimas en Rusia y avanza en dirección á Alemania.

En Postdan y en Hamburgo ha atacado grandemente al ganado caballar y mular, y las empresas de los tranvías de la segunda de estas ciudades ha tenido que suspender parte de su tráfico por tener casi todas sus caballerías enfermas y no encontrar otras para reemplazarlas.

El número de personas muertas no es, sin embargo, grande todavía en Rusia ni en Alemania.

—

Mañana publicaremos el segundo capítulo de las interesantísimas *Memorias de un empresario*, por D. Felipe Ducazcal.

—

Están haciendo en Rusia experimentos curiosísimos con un fusil de *dos milímetros* de calibre.

La fuerza de proyección de esta nueva arma es terrible.

Los proyectiles alcanzan hasta cinco kilómetros, y son de plomo revestidos de acero. Su penetración es tal, que atraviesan una fila de diez hombres.

Gracias á su manera de penetrar en el cuerpo, estas balas matan en el acto ó dejan al herido fuera de combate. Pero las heridas son perfectamente limpias, y no son tan terribles ni hacen sufrir tanto como las de los proyectiles de plomo y de grueso calibre que hoy se gastan.

—

Doscientos abortos forzados por una sola mujer en tres años, es cifra extraordinaria aun en Francia, donde se quejan de la falta de población y el aborto está á la orden del día.

La culpable de estos doscientos abortos es una panadera del barrio de Batignolles, en París, á quien la policía observaba desde hace tiempo. Sus parroquianas son todas criadas, mujeres públicas y alguna que otra mujer casada y madre de numerosa prole. Cuatro murieron á consecuencia del aborto provocado por la panadera. El precio corriente de la abortadora era de diez á veinte francos, según el estado de fortuna de su parroquiana.

Las autoridades han logrado echar mano á ciento diez de las abortadas y las han mandado todas á la cárcel de San Lázaro.

—

¿Nos dorarán, nos platearán, nos niquelarán, ó se contentarán sencillamente con estañarnos?

Porque el porvenir es que á los muertos no se les entierre ni se les mande al horno crematorio, si no que se les galvanoplaste como si fuesen una cuchara, un tenedor ó una palmatoria que se mandasen á casa del platero y del niquelador.

Así lo hace esperar el sabio francés Mr. Viriot en una Memoria que ha leído á la Academia de Ciencias y en que describe un método de su invención para conservar los cadáveres *in secula sæculorum* por medio de la «antropoplástica galvánica.»

Los literatos cuyas opiniones citábamos el otro día, y á los cuales disgustaba por igual el enterramiento y la quemazón, tienen ya otro procedimiento más bonito que ambos, donde elegir.

JUECES Y REOS

POR TELEGRAFO

Asesinato y descuartizamiento de un criado.

(DE NUESTRO CORRESPONSAL PARTICULAR)

Haro 7 (10,10 m.)

A las once de la mañana de ayer ha empezado á verse en esta Audiencia, en juicio por jurados, el célebre proceso conocido por el «Crimen de Zarratán».

Como acusados aparecen D. Gregorio Vozmediano y su esposa doña Victoria Dueñas, y como víctima Narciso Arias Quintela; los antecedentes del crimen son estos:

Los antecedentes del crimen son estos:

Narciso había estado de criado en casa de los Vozmediano y contaba con algunos ahorros, que se hacen elevar á la suma de 1.500 pesetas de jornales acumulados y 750 como producto de la renta de una cueva ó bodega.

El criado se retiraba á pasar sus días en compañía de unos parientes que habitan en Santa María de Villaquinta, feligresía de 50 vecinos de la provincia de Lugo, cerca de Chantada, y pequeña aldehuela, de donde era natural. Salió, pues, de Zarratán, y no volvieron á tenerse noticias suyas.

Así las cosas, ocurrió que el juzgado de Nájera tuvo noticia que de una alcantarilla inmediata á una tejera, y en la carretera que conduce á la venta de la Estrella, salía un olor excesivamente fétido.

Personóse el juzgado en el lugar de la denuncia, y, después de minucioso registro, levantó acta del hallazgo de un saco de lona, dentro del cual había una cabeza y un tronco de hombre carbonizados.

En otro saco que se encontró después, se hallaron el cuerpo partido en cinco porciones.

A pesar de las infinitas averiguaciones, nada se ha sacado en limpio sobre quién sea el muerto, y quién ó quienes los autores de tan horrible crimen. Pero hay indicios que equivalen á pruebas de que el cadáver era el de Narciso.

Sospechosos de la muerte y descuartizamiento del criado figuran como acusados sus amos. Pero no hay más que sospechas más ó menos vehementes contra ellos.

El interés del público que asiste á la vista es inmenso. La prensa ha enviado muchos representantes para dar cuenta del proceso.

Tanto la sala del tribunal como las avenidas que conducen al edificio, estuvieron llenas de bote en bote todo el tiempo que duró la vista.

Los procesados se muestran perfectamente tranquilos, y su serenidad ha asombrado al público.

Ha habido, sin embargo, momentos en que, contestando al habilísimo interrogatorio del fiscal Sr. Lastra, han incurrido en contradicciones.

Lo que más ha sorprendido es que siendo personas sin estudios, los procesados han contestado algunas veces en términos técnicos, lo cual demuestra que su abogado les había enseñado muy bien lo que tenían que decir.

La ansiedad del público es tanto más grande cuanto que la mayoría de los individuos que componen el Jurado es gente de corta ilustración.

Se espera con el mayor interés la acusación fiscal y la defensa.—*Montoya.*

Por la traducción del telegrama,

JUAN GOLILLA.

CARNE DE CONCEJO

Es un descubrimiento debido—y pagado—á San Pedro, que era ya alcalde y hombre de fibra, y que ha resultado de repente persona «metida en carnes.»

La carne, sin apodos, aunque, si se quiere, con sebo y añadidura, era ya uno de los tres enemigos del alma.

La carne de elección popular, municipal ó de concejo, es también uno de los enemigos; mejor dicho hoy, el mayor enemigo del alma... y del cuerpo, aquí en Madrid.

Mi amigo y cocinero Muro decía ayer que, después de tener tres horas á la lumbre una cadera del Municipio, no había logrado que cociera.

Todo lo que procede del Municipio madrileño es muy duro de cocer.

Pero, así y todo, ¡bienaventurado Muro!

Al menos él tuvo carne, y de cadera mayormente.

¡Cuántos, mientras el celebrado autor de las *Conferencias culinarias* arrimaba el ascua á su cadera, confundidos entre las *Menegildas* desesperadas, aguardaban horas y horas para *encarnar*, sin conseguirlo!

Yo mismo me hubiera dado por satisfecho con cualquiera clase de carne para pasar el día.

No digo de cadera, que es un ideal; la mediana de falda me hubiera servido.

Gracias á la imprevisión y á la insuficiencia municipales, hube de abstenerme, como tantos otros.

Se probó ayer que en los almacenes de la villa no hay bastantes cajones.

Se necesitan más cajones para emprender la árdua empresa de surtir de carne á Madrid con desahogo.

Medio Madrid se quedó ayer sin carne, y en todas partes se censuraba al Ayuntamiento como era de rigor; esto es, *descarnadamente*.

Por desaciertos en las operaciones que hay que hacer antes de «dar á luz» la carne, les sucedió á muchos lo que á Muro con la cadera.

Un vecino mío que pudo hacerse con un filete, gracias á que pasó la noche al lado del cajón de su distrito «defendiéndose en las tablas», renunció con dolor en el momento del almuerzo á las ilusiones que había concebido.

Se le soltó á los chicos, que tienen buen diente, pero el filete se creció al castigo.

Los muchachos cogieron los trastos.

Pinchazo por aquí, pinchazo por allá.

No hubo medio para consumar la suerte suprema.

Se les mandaron los tres avisos.

Y el *bicho* fué retirado al corral.

Lo más doloroso fué que se acabó la corrida.

Es decir, que no les echaron otro plato.

La mayor parte de la carne de concejo ha sido carne de cañón.

Solamente jugando
la artillería,
pudo hacerse en las casas
«carneceria.»

Se ha notado también que la carne de concejo les sale más ventajosa á los ricos que á los pobres.

—Pero eso no importa—se habrá dicho San Pedro;—con el temor de no comer se les pondrá á los pobres la carne... de gallina, y salen ganando.

La carne genuinamente municipal es la carne de... ¡tapa!

Y ¡contratapa!

En un cajón despachaba la carne un concejal en carne y hueso.

—Tomad, esta es mi carne—decía con el Evangelio, según San Pedro (Rodríguez).

Y alargaba el pescuezo.

No el suyo; quiero decir, un trozo de pescuezo

de alguna res destinada
por el mismo al Matadero.

Las gentes andaban corriendo por todo Madrid en busca de cajones.

«Hay que tomar la carne donde se encuentre,» sin reparar en distritos.

De regreso, las conversaciones y los comentarios eran deliciosos.

—¿De dónde es tu carne, Felipa?

—De la Inclusa, Melitona; y á tí, ¿dónde te *lan dao?*

—En el Centro.

—Aquí traigo esto, señorita.

—¡Uf qué porquería!

—Pues he tenido que *yegarme* por *eya* hasta el *Hespicio*. Y toda era lo mismo.

—Señora, no he podido coger más que este solomillo en el cajón del Hospital.

—¿Está vacunado?

El consuelo que hay es, que si faltan cajones sobran vacas.

La circular que ha escrito San Pedro pidiendo vacas á todas partes, no ha podido dar mejores resultados.

El alcalde de una importante capital de provincia, recibió la circular estando «recreándose» en el casino.

—Piden vacas, caballeros—dijo—desde Madrid.

Y el regidor síndico se apresuró á contestar, antes de enterarse:

—Oiga usted, alcalde, vamos á hacer una de dos duros y que le den tres golpes.

JOSÉ DE LASERNA.

EL ARCHIDUQUE NÁUFRAGO

Juan Orth, el excéntrico archiduque austriaco Juan Salvador, cuya trágica muerte nos comunicó hace tres días nuestro corresponsal en Viena, era un hombre de gran talento y de carácter muy original.

El rasgo dominante de su temperamento era la crítica, y estando en el ejército censuraba sin rebozo á sus superiores, señalando las faltas y errores que cometían, lo cual le valió no escasos castigos á pesar de su calidad de archiduque.

A consecuencia de un libro muy notable que publicó atacando á la artillería austriaca, donde servía de comandante, el emperador se vió obligado á destinarlo á la infantería. El príncipe, lejos de escarmentar, escribió otro folleto criticando el sistema de educación militar que se seguía en su país.

Consigo mismo era tan severo como con los demás. Tanto, que, cuando la campaña de Bosnia, el emperador quiso darle la placa de María Teresa en premio de sus servicios; pero el archiduque escribió y mandó á su imperial pariente una Memoria, probándole que no merecía la placa. Francisco José le dió entonces un mando importante, pero el excéntrico archiduque se negó á aceptarlo, fundándose en que no tenía dotes para desempeñarlo, y haciendo para demostrarlo un análisis muy fino y muy sincero de su carácter.

Poco á poco fué haciéndose misántropo, hasta que, hace por ahora un año, renunció definitivamente á todos sus títulos y privilegios del príncipe de la casa de Hapsburgo, y á todos sus grados militares y condecoraciones.

Realizó después una parte de su fortuna, tomó el nombre de Johann Orth, compró un buque mercante, lo puso bajo el mando del capi-

© Biblioteca Nacional de España